

HUMANISMO Y UNIVERSIDAD

Por Pablo González Casanova

A LA MEMORIA DE JAVIER BARROS SIERRA

George Steiner en *El lenguaje y el silencio* observa que hasta la época de Goethe y de Humboldt era posible que los hombres se movieran en las ciencias y en las humanidades, mientras que hoy existe un abismo tan grande entre unas y otras que es imposible explicar con palabras la física contemporánea. Ni Boole, Frege o Gilbert pudieron con la lógica simbólica explicar la consistencia del razonamiento matemático, ni Chomsky pudo reducir a fórmulas la riqueza de la lingüística. Con la palabra hoy no se puede explicar el cálculo, ni la pintura de Pollock, ni la música de Stockhausen. Pero hasta qué punto esto es cierto, y, en lo que es verdadero, hasta qué punto es digno de lamentar.

Hoy como ayer el hombre tiene que hacer su selección de conocimientos, su antología de lecturas. Puede entender a Shakespeare y la segunda ley de la termodinámica. El problema es de interés y de selección. Y lo que no entiende, ¿es de lamentarse mucho que no lo entienda? ¿Y es el ideal, el de ese hombre pretérito que mitológicamente todo lo entendía?

Es cierto que el humanista, en el sentido del hombre culto de nuestro tiempo, necesita repensar profundamente la selección de sus conocimientos, la antología de sus lecturas, el método de leer, estudiar e investigar. Y la Universidad también, en su bachillerato, en la difusión de las ciencias, de las humanidades, en la difusión de las tecnologías.

Ese problema es real, no así el de un solo lenguaje que exprese todas las humanidades y todas las ciencias, imposible semejante al de aquel mapa de China, de tal modo exacto e igual a China, que era del tamaño de China, o al de una sola lengua numérica universal como el "Timerio" en la que "te amo" se escribe "1-80-17". El problema no es que haya especialistas cuyos lenguajes no todos entienden ni idiomas que sólo hablan unos pueblos y otros no. El problema es que la especialidad y el idioma no sirvan a la dominación de unos hombres por otros. El "nada que sea humano me es ajeno" sigue siendo la base del humanismo, pero no implica el uso de un lenguaje sino el reconocimiento de muchos.

Este último problema se va a plantear desde la Revolución Francesa cuando la libertad, la igualdad y la fraternidad van a expresarse como la igualdad de todos ante el derecho y como la fraternidad con todos, hombres y pueblos; igualdad y libertad sin vasallajes, en verdad fraterna. Desde entonces va a aparecer el humanismo como derecho y el hu-

manismo como antropología,* y una cierta libertad de ser heterodoxo.

Son avances considerados en la historia del humanismo; sólo que el desarrollo concreto del capitalismo, del colonialismo y del Estado hacen particularmente tensa la relación entre los derechos formales y su ejercicio, entre el país formal y el país real (a menudo son dos países). Al mismo tiempo el colonialismo hace de la antropología una ciencia de la conquista, de la pacificación y la integración del llamado Tercer Mundo, del mundo dependiente y de las etnias sometidas.

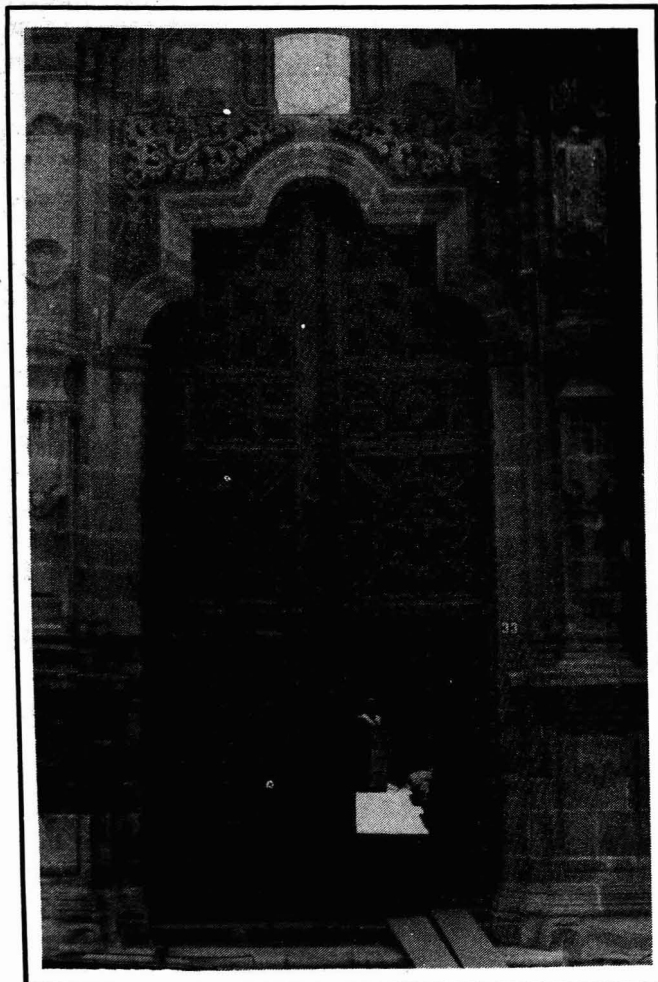
En rebelión frente a esas realidades surgen formas muy concretas de plantear el humanismo, unas que acentúan su determinación por escuelas o doctrinas y otras que obedecen a luchas que se dan por quienes tomando distintas doctrinas o perteneciendo a distintas escuelas quieren deshacer un mundo de dominación. Así se enfrenta el humanismo marxista al humanismo liberal o burgués, y ambos al humanismo cristiano, más antiguo. Pero en las luchas anticoloniales, en las luchas por la independencia cada vez más se juntan todos los humanismos. Los movimientos liberadores se vuelven plurales.

La tendencia doctrinaria y la plural, plantean a la Universidad la necesidad de profundizar en el conocimiento que se organiza por doctrinas y escuelas y en el que se organiza en luchas concretas por distintas doctrinas y escuelas, lo cual supone dos objetivos: la libertad de pensamiento (de cátedra, de investigación) y algo más profundo, la articulación concreta del conocimiento en las escuelas y fuera de ellas, en las doctrinas y por encima de ellas. Tolerancia y pluralismo se plantean todavía más profundamente en relación con la libertad de la heterodoxia y con la liberación de los pueblos y de los hombres, como en Centroamérica, como en Nicaragua y como en El Salvador, como aquí.

Lo que quiero destacar es que a fines del siglo XIX, más o menos cuando la "La Comuna", surge una forma de controlar al hombre que consiste en respetar la heterodoxia sin esperanza, en respetar la heterodoxia de los desilusionados. Como ha observado Daniel Bell "lo paradójico es que la propia heterodoxia se ha vuelto conformista". Desde los poetas malditos hasta Borges pasando por Eliot, Yeats, Pound y Pessoa, desde Nietzsche, pasando por Heidegger y Jean Genet hasta Michel Foucault, la poesía y la filosofía más críticas y

* Cf. François Gadet y Michel Pecheux.

agresivas, contra el orden burgués y el Estado dominante, han cultivado el desencanto y "el amor por una lucha que nunca triunfa" o incluso por una lucha "que se debe realizar para no triunfar" (Irving Howe). Tan singulares *heterodoxos*, criticando el orden, han criticado más cualquier alternativa a ese orden, y provocado un conformismo laico mayor que el de los siervos y creyentes frente al orden medieval. No se trata de unos cuantos pensadores sino de muchísimos y algunos de gran calidad que con apariencia de enarbolar una crítica contumaz y una incredulidad rebelde, son "niños terribles". El fenómeno ha resultado particularmente original en la historia del control del hombre y ha tenido tanto mayor significación cuanto en las primeras experiencias del socialismo y de los estados socialistas autoritarios se ha regresado al control de la ortodoxia para el control del pensamiento, lamentable camino que no sólo se explica por la personalidad de Stalin ni por la cultura heredada de los siervos rusos que recientemente señaló el poeta soviético Etvuchenko, sino por la organización del conocimiento revolucionario en torno a una sola escuela, a un solo partido, a un comité central, a un buró político y a un secretario general que se volvieron intérpretes de los clásicos y de la realidad y que pretendieron organizar el conocimiento de todos. Este hecho, que no elimina el gran avance que para el hombre significan los países socialistas, fue y es un freno extraordinario a la riqueza del pensamiento, a su captación de lo nuevo, a sus métodos de corregir errores, a su generación de organizaciones múltiples



Puerta antigua de la Escuela Nacional Preparatoria

y complejas que se articulan en formas particularmente creativas. Desde el punto de vista del humanismo y la Universidad, el rechazo del autoritarismo ideológico plantea hoy la necesidad de que la *Universidad* nunca quede subordinada al *Partido*, aunque sus miembros pertenezcan con toda libertad a partidos y escuelas y unos y otros debatan en la *Universidad* los grandes problemas de nuestro tiempo. Más que nunca la autonomía de la Universidad y la libertad de crítica y de cátedra son un valor humanista y progresista, revolucionario, democrático. Pero ese valor está en lucha dentro y fuera de la Universidad para que no se controle al hombre con ninguna ortodoxia y tampoco con heterodoxias anómicas, desesperanzadas.

Es más, adentro y afuera de la Universidad se da otro problema relacionado con el humanismo como un fenómeno concreto: "Es diferente —observa Hugo Zemelman— plantearse el problema de los valores cuando se atiende al hombre en sí mismo... que hacerlo desde el punto de vista del hombre en tanto sujeto de una empresa colectiva que promueve el cambio social de fondo. Se trata del hombre como autor de una estrategia de cambio y no sólo como testimonio de una realidad lacerante."

El hombre —ciudadano, universitario— como una organización para el cambio, que se forja con una estrategia, plantea problemas de conocimiento y voluntad que aparecen en los hechos más triviales de la vida cotidiana, así como en los grandes cambios por la democracia que está viviendo el mundo y México.

El planteamiento más riguroso de este humanismo, con un sujeto colectivo que nace y se hace, se da en las grandes experiencias revolucionarias de nuestros pueblos. Joaquín Somayoa, de San Salvador, lo ha intentado con un método que en vez de definir el humanismo aclara el problema a través de la deshumanización. En un artículo extraordinario sobre "Guerra y deshumanización: una perspectiva psicosocial", dice Joaquín Somayoa: "aquí la noción de deshumanización... se restringe al empobrecimiento de las siguientes capacidades: a) capacidad de pensar lúcidamente, con lo que ello implica de identificación y superación de temores irracionales, prejuicios y todo aquello que imponga desde dentro de las personas una relación predominantemente defensiva con el mundo; b) voluntad y capacidad de comunicarse con veracidad y eficacia, con lo que ello implica de libertad, honestidad, flexibilidad, tolerancia y respeto; c) sensibilidad ante el sufrimiento y sentido solidario, y d) esperanza."

Si a lo anterior añadimos un elemento más, la información verídica, exacta, actualizada, tenemos que el proceso contrario, el de humanización, es precisamente el de la Universidad que con la necesidad del mejor nivel de información posible, científica y humanística, nos plantea la necesidad de educar para pensar lúcidamente con autonomía, con libertad, sin prejuicios, sin temores irracionales, con una inmensa voluntad de ser veraz y eficaz, y con todas las demás virtudes señaladas de honestidad, flexibilidad, tolerancia y respeto, y con la *esperanza* que obliga a un estudio responsable de las verdaderas soluciones y los verdaderos caminos de los hombres y de los pueblos. ♦